

nobleza ficticia que les imprimía Luis XV, muere con él. El espíritu filosófico acaba de madurar la obra clásica; y en ese siglo de ignominia, las artes son una ignominia más. Arquitectura, escultura, poesía, música, todo, con muy raras excepciones, tienen las mismas deformidades. Voltaire divierte á una cortesana reinante con las torturas de una virgen mártir. Los versos de Dorat nacen para las pastoras de Boucher. Siglo innoble cuando no es ridículo, ridículo cuando no es asqueroso; y que empezando en el bodega para acabar en la guillotina, coronando sus fiestas con matanzas y sus danzas con la *carmagnole*, no merece colocarse sino entre el caos y la nada.

El siglo de Luis XIV parece una ceremonia de corte reglamentada por la etiqueta; el siglo de Luis XV es una orgía de taberna, donde la locura se acopla con el vicio. Sin embargo, por diferentes que parezcan á primera vista, existe entre esas dos épocas una cohesión íntima. Suprimid la etiqueta en una solemnidad aparatosá y os quedará una multitud confusa; quitad la dignidad del reinado de Luis XIV y tendréis el reinado de Luis XV.

Felizmente, y á eso queríamos venir, estamos lejos de que el mismo lazo ligue el siglo XIX al siglo XVIII. ¡Cosa extraña! Cuando se compara nuestra época tan austera, tan contéplativa y ya tan fecunda en acontecimientos prodigiosos, con los tres siglos que la han precedido, y sobre todo á su inmediato anterior, difícilmente se comprende cómo puede ser que le suceda; y su historia, después de la de éste, parece un libro descabalado. Está por creerse que Dios se ha equivocado de siglo en su distribución alternativa de los tiempos. De nuestro siglo al otro, no se puede descubrir la transición. Y es que, en efecto, no existe. Entre Federico y Bonaparte, Voltaire y Byron, Vanloo y Géricault, Boucher y Charlet, hay un abismo: la revolución.



1827

FRAGMENTO DE HISTORIA



o carecería, á nuestro juicio, de grandeza y de novedad, un cuadro en el cual se procurase desarrollar ante nuestra vista la historia entera de la civilización. Podría presentársela propagándose por grados de siglo en siglo en el globo, é invadiendo sucesivamente todas las partes del mundo. Se la vería despuntar en Asia, en esa India central y misteriosa donde la tranquilidad de los pueblos colocó el paraíso terrenal. Como el día, la civilización también tiene su aurora en Oriente. Poco á poco se despierta y se extiende en su antigua cuna asiática. Con un brazo deja en un rincón del mundo á China, con los jeroglíficos, la artillería y la imprenta, como primer bosquejo de sus futuras obras, como inmutable muestra de lo que llegará á hacer algún día. Con el otro, echa á Occidente sus grandes imperios de Asiria, Persia, Caldea, sus prodigiosas ciudades, Babilonia, Susa, Persépolis, metrópolis de la tierra, que ni siquiera guardó rastro de ellas. Entonces, mientras todo el resto del globo está

sumergido en profundas tinieblas, resplandece en todo su brillo esa alta civilización teocrática de Oriente, de la cual apenas se entrevén, al través de tantos siglos, algunos rayos deslumbradores, algunos gigantes vestigios, que nos parece fabulosa por lo lejana, vaga y confusa. Sin embargo, la civilización marcha y se desarrolla siempre. El interior de las tierras no le basta, coloniza las orillas de los mares. A las poblaciones de labradores y de pastores suceden razas de pescadores y de comerciantes. De ahí los fenicios, los frigios, Sidón, Troya, Sarepta y Tiro, que bate los mares, como dice la Escritura, con las *alas de mil bajeles*. Finalmente, dispuesta á desbordarse del Asia, funda en el límite de Africa ese enigmático Egipto, ese pueblo de sacerdotes y mercaderes, de labradores y de marineros, que es en cierto modo la transición de la civilización asiática á la civilización africana, de los imperios teocráticos á las repúblicas comerciales, desde Babilonia hasta Cartago.

En Egipto, efectivamente, se apoyan las tres civilizaciones sucesivas de Asia, de Africa y de Europa. El Egipto es la llave de la bóveda del antiguo continente.

Aquí la civilización bifurca, por decirlo así. Toma dos caminos, uno al Norte, otro á Poniente; y mientras Egipto crea á Grecia en Europa, Sidón lleva Cartago al Africa. Entonces cambia la escena. Asia se apaga. Llega la hora de Africa. Los cartagineses completan la obra de los fenicios, que fueron sus padres. Mientras que tras ellos se elevan, como los arbotantes de su imperio, esos reinos de Nubia, de Abisinia, de Nigricia, de Etiopía, de Numidia; mientras se puebla y se fecunda esa tierra de fuego que ha de sustentar á los Juba y á los Yugurta, Cartago se apodera de los mares y corre aventuras. Desembarca en Sicilia, en Córcega, en Cerdeña. Luego no le basta el Mediterráneo. Sus

innumerables buques pasan las columnas de Hércules, donde después la tímida navegación de los griegos y de los romanos creará ver los límites del mundo. No tardan las colonias cartaginesas, aventuradas por las orillas del Océano, en ir más allá de la península hispánica. Suben valerosamente hacia el Norte, y siguiendo la costa occidental de Europa, llevan el dialecto fenicio, primero á Vizcaya, donde se le encuentra dando extraño color á la antigua lengua ibérica, luego en Irlanda, en el país de Gales, en Armórica, donde subsiste aun hoy mezclado al primitivo celta. Enseñan á aquellos salvajes pueblos algo de sus artes, de su comercio, de su religión; el culto monstruoso del Saturno cartaginés, que se convierte en el Teutates celta; los sacrificios humanos; y hasta la manera de esos sacrificios, las víctimas quemadas vivas en jaulas de cañas con forma humana. Así es como Cartago dió á los celtas lo que tenía de la teocracia asiática, desnaturalizada por su feroz civilización. Los druidas son magos, sólo que han pasado por Africa. Todo, en esos pueblos, demuestra su contacto con el Oriente. Sus monumentos toscos, primitivos, tienen algo egipcio. Groseros jeroglíficos, caracteres rúnicos comienzan á indicar su principio, que hasta entonces no fué tocado por el hierro, y no está probado que no sea la poderosa navegación cartaginesa quien dejó en las arenas de Armórica ese otro jeroglífico monumental, Karnac, libro colosal y eterno, cuyo sentido han perdido los siglos, y cada una de cuyas letras es un obelisco de granito. Como Tebas, Bretaña tiene su palacio de Karnac.

La audacia púnica quizás no se detuvo ahí. ¿Quién sabe hasta dónde fué Cartago? ¿No es extraño que después de tantos siglos se hallase vivo en América el culto del sol, el Belo asirio, el Mitra persa? ¿No es sorprendente que se hayan encontrado vestales (hijas

del sol), restos del sacerdocio asiático y africano, tomado también por Roma á Cartago? ¿No es maravilloso, finalmente, que esas ruinas del Perú y de Méjico, magníficos testimonios de una civilización antigua apagada ya, se parezcan tanto, por su carácter y por sus adornos, á los monumentos siriacos, por la forma y por sus jeroglíficos, á la arquitectura egipcia?...

Sea de ello lo que quiera, el coloso cartaginés, dueño de los mares, heredero de la civilización de Asia, apoyándose con un brazo en Egipto y con el otro rodeando ya á Europa, es un momento centro de las naciones y eje del globo. El Africa domina al mundo.

Sin embargo, la civilización depositó su germen en Grecia (1). Allí se arraigó y se desarrolló, y desde el primer instante produjo un pueblo capaz de defenderlo contra las invasiones de Asia, contra las reivindicaciones altivas de aquella vieja madre de las naciones. Pero si ese pueblo supo defender el fuego sagrado, no sabía propagarlo. Falto de metrópoli y de unidad, dividido en pequeñas repúblicas que luchan entre sí, y en cuyo interior chocan ya todas las formas de gobierno, democracia, oligarquía, realeza, aquí enervada por artes precoces, allá atada por leyes estrechas, la sociedad griega tiene más belleza que poderío, más elegancia que grandeza, y la civilización

(1) Esto es únicamente un primer capítulo. El autor sólo pudo indicar y clasificar los hechos más generales y sumarios. No ha desatendido por eso otros hechos que, aun siendo de segundo orden, tienen gran valor. En adelante se verá en el libro, del cual esto es sólo un fragmento, si es que llega á concluirlo, como los coordina y los reune á la idea principal. Las pruebas se ofrecerán también. Hay cavidades que recorrer y profundizar en la historia, muchos fondos perdidos en ese mar, allí precisamente donde se hicieron más trabajos de sonda y donde más se la exploró. Y, por ejemplo, la gran civilización dominante de Europa, la que primero aparece á la vista, la civilización griega y romana, no es más que un gran palimpsesto, bajo el cual, lavada la primera capa, se encuentra á los pelasgos, los etruscos, los iberos y los celtas. Bastaría con eso para escribir un libro.

se va refinando allí antes de fortificarse. Por eso Roma se apresura á arrancar á Grecia la antorcha de Europa, la sacude desde lo alto del Capitolio y le hace producir inesperadas llamas. Roma, semejante al águila, su temible símbolo, extiende las anchas alas, abre las poderosas garras, coge los rayos y toma el vuelo. Cartago es el sol del mundo; sobre Cartago se fijan sus miradas. Cartago es dueña de los océanos, dueña de los reinos, dueña de las naciones. Es una ciudad magnífica, llena de esplendor y de opulencia, brillante con las artes extrañas de Oriente. Es una sociedad completa, acabada, pulimentada, á la cual nada falta del trabajo del tiempo y de los hombres. Finalmente, la metrópoli de Africa está en el apogeo de la civilización, no puede subir más, y en adelante cada progreso será declinar. Roma, al contrario, no tiene nada. Ha cogido, es verdad, todo cuanto se hallaba á su alcance; pero cogió, más bien por coger que para enriquecerse. Es semisalvaje, semibárbara. Tiene que realizar á un tiempo su educación y su fortuna. Todo ante ella, nada detrás.

Durante algún tiempo los dos pueblos existen á la par. Uno descansa en su esplendor, el otro crece en la sombra. Pero poco á poco el aire y el lugar les faltan á ambos para desarrollarse. Roma empieza á molestar á Cartago. Hace ya tiempo que Cartago importuna á Roma. Asentadas en ambas orillas opuestas del Mediterráneo, las dos ciudades se miran frente á frente. Aquel mar no basta para separarlas. Europa y Africa pesan una sobre otra. Como dos nubes electrizadas, se siguen demasiado de cerca. Van á mezclarse entre los rayos.

Aquí está la peripecia de ese gran drama. ¡Qué actores se colocan frente á frente! Dos razas, ésta de mercaderes y de marinos, aquélla de labradores y de soldados; dos pueblos, uno que reinaba por el oro, el

otro por el hierro; dos repúblicas, una teocrática, otra aristocrática; Roma y Cartago; Roma con su ejército, Cartago con su armada; Cartago vieja, rica, artificiosa, hábil para el engaño; Roma joven, pobre y fuerte; el pasado y el porvenir; el ansia de los descubrimientos y el deseo de conquista; el genio de los viajes y del comercio, el demonio de la guerra y de la ambición; el oriente y el mediodía de una parte, el occidente y el norte por otra; en fin, dos mundos, la civilización de Africa y la civilización de Europa.

Las dos miden sus fuerzas con la vista. Su actitud antes del combate es igualmente formidable. Roma, para quien era ya estrecho lo que conocía del mundo, reúne todas sus fuerzas y todos sus pueblos; Cartago, que tiene atadas á España, á la Armórica y á esa Bretaña que los romanos creían en el extremo del universo, Cartago había echado ya sobre Europa su ancla de abordaje.

Comienza la batalla. Roma copia groseramente la marina de su rival. La guerra estalla primero en la Península y en las islas. Roma choca con Cartago en aquella Sicilia donde ya Grecia se había encontrado con Egipto, en aquella España donde después volverán á luchar Europa y Africa, oriente y occidente, el mediodía y el septentrión.

Poco á poco el combate se extiende, el mundo arde. Los colosos se atacan cuerpo á cuerpo, se cogen enfurecidos, se dejan y vuelven á cogerse. Se buscan y se rechazan. Cartago franquea los Alpes, Roma pasa los mares. Ambos pueblos, personificados en dos hombres, Aníbal y Escipión, se enlazan y se encarnizan para concluir. Es un duelo á muerte. Roma se tambalea y lanza un grito de desesperada angustia: *Annibal ad portas!* Pero se repone y se reanima, agota sus fuerzas en un último arranque, se lanza sobre Cartago, y la borra del mundo.

Ese es el mayor espectáculo que ofrece la historia. No se trata sólo de un trono que cae, de una ciudad que se hunde, de un pueblo que muere. Es una cosa que sólo se ha visto una vez, es un astro que se apaga; es todo un mundo que se va; es una sociedad que ahoga á otra.

La ahoga sin compasión. Es preciso que no quede nada de Cartago. Los siglos futuros sólo sabrán de ella lo que quiera de su implacable rival. No distinguirán de aquella capital de Africa, por entre espesas tinieblas, más que su bárbara civilización, su gobierno deforme, su religión sangrienta, su pueblo, sus artes, sus monumentos gigantescos, sus flotas que vomitaban fuego greguizco, y ese otro universo conocido de sus pilotos, y que la antigüedad romana llamará desdeñosamente *mundo perdido*.

Nada quedará. Solamente, mucho después, Roma, jadeante y como sofocada por su victoria, se recogerá en sí misma, y dirá en una especie de mágico y profundo ensueño: *¡Africa portentosa!*

Recobremos aliento y fuerzas con ella; queda cumplida la grande obra; decidida la disputa entre las dos mitades de la tierra. Esa reacción del occidente sobre oriente, había sido intentada ya una vez por Grecia. Argos destruyó á Troya. Alejandro había ido á herir á la India atravesando la Persia. Pero los reyes griegos sólo habían destruído una ciudad, un imperio. Pero el aventurero macedonio únicamente abrió un boquete en Asia, que pronto se cerró tras él. Para representar el papel de Europa en ese inmenso drama, para matar la civilización oriental, se necesitaba algo más que Aquiles, algo más que Alejandro; era preciso Roma.

Los talentos á quienes agrada sondear los abismos no pueden menos que preguntarse en ese punto lo que hubiera sido del género humano, si Cartago

hubiese triunfado en aquella lucha. El teatro de veinte siglos hubiera cambiado de sitio. Los mercaderes hubiesen reinado, y no los soldados. Europa hubiera sido dejada para las nieblas y los bosques. Se hubiera establecido en la tierra algo desconocido.

No podía ser así. Las arenas y el desierto reclamaban el Africa; era necesario que cediese el puesto á Europa.

A contar desde la caída de Cartago, en efecto, la civilización europea prevalece. Roma adquiere un acrecentamiento prodigioso; se desarrolla tanto que empieza á dividirse. Conquistadora del mundo conocido, cuando no hace guerra exterior, produce la guerra civil. Como añosa encina, se ensancha, pero se vacía.

Sin embargo, la civilización se fija en ella. Fué la raíz, se convierte en tronco y luego en cabeza. En vano los césares, en la locura de su poder, quieren dejar ó prescindir de la ciudad eterna y llevar á Oriente la metrópoli del mundo. Ellos son los que se van; la civilización no los sigue, y van hacia la barbarie. Bizancio se convertirá en Estambul. Roma continuará siendo Roma.

El Vaticano reemplaza al Capitolio; nada más. Todo se ha hundido de vejez en su alrededor; la ciudad santa se renueva. Reinó por la fuerza, y ahora reina por la fe, por la creencia, más fuerte que la misma fuerza. Pedro hereda de César. Roma no obra, habla; y su palabra es un rayo, que en adelante herirá las almas. Al espíritu de conquista sucede el de proselitismo. Foco del globo, tiene ecos en todas las naciones; y lo que dice un hombre desde lo alto del balcón de los papas, á la ciudad santa, queda dicho también para el universo. *Urbi el orbi.*

Una teocracia hace Europa, como una teocracia había hecho Africa, como otra teocracia hizo

Asia. Todo se resume en tres ciudades: Babilonia, Cartago, Roma. Un doctor desde su cátedra preside á los reyes en sus tronos. Capital del cristianismo, Roma es la capital necesaria de la sociedad. Como madre vigilante, guarda á la gran familia europea, y la salva dos veces de las invasiones del Norte, de las irrupciones del Mediodía. Sus muros hacen retroceder á Atila y á los vándalos. También ella es quien forja la maza (*el martillo*) con que Carlos pulveriza á Abderramán y á los árabes.

Diríase que Roma cristiana heredó el odio de Roma pagana hacia el Oriente. Cuando ve que Europa es bastante fuerte para batirse, predica las cruzadas, guerra brillante y singular, guerra caballeresca y de religión, para la cual la teocracia arma al feudalismo.

Hace ya dos mil años que las cosas van así. Hace ya veinte siglos que domina la civilización europea, la tercera grande civilización que dió sombra á la tierra. Quizás llegamos á su fin. Nuestro edificio es muy viejo. Se agrieta por todos lados. Roma ya no es su centro. Cada pueblo lleva las cosas hacia sí. No hay unidad, ni religiosa, ni política. La opinión ha reemplazado á la fe. El dogma no tiene ahora la disciplina de las conciencias. La revolución francesa consumó la obra de la reforma; decapitó lo mismo al catolicismo que á la monarquía; quitó la vida á Roma. Napoleón, tratando con rudeza al papado, le concluyó; quitó el prestigio que tenía el fantasma. ¿Qué hará el porvenir de esa sociedad europea, que pierde más en más cada día su forma pontificia y monárquica? ¿No habrá llegado el instante en que la civilización, que hemos visto sucesivamente dejar á Asia para ir á Africa, y á Africa para pasar á Europa, vuelva á ponerse en camino y continúe su majestuoso viaje al rededor del mundo? ¿No parece inclinarse hacia Amé-

rica? ¿No ha inventado los medios de atravesar el Océano con mayor prontitud de la que antes empleaba para pasar el Mediterráneo? Además, ¿le queda mucho que realizar en Europa? ¿Será tan aventurado suponer que usada y desnaturalizada en el antiguo continente, busque una tierra nueva y virgen para rejuvenecerse y fecundizarla? Y para esa tierra nueva, ¿no tiene dispuesto un principio nuevo también? ¿Nuevo, aunque brote asimismo de ese Evangelio que tiene dos mil años, si es que el Evangelio tenga edad? Queremos hablar aquí del principio de emancipación, de progreso y de libertad, que parece ser en adelante la ley de la humanidad. Hasta aquí, en América es donde se han hecho las más amplias aplicaciones. Allí la escala de ensayo es inmensa. Allí las novedades están con amplitud. Nada las contraría. No tropiezan á cada paso contra los troncos de las antiguas instituciones arruinadas. Por eso, si semejante principio está llamado, como creemos con alegría, á reformar la sociedad de los hombres, América será su centro. Desde ese foco se esparcirá sobre el mundo la nueva luz, que, lejos de secar á los antiguos continentes, les dará nuevo calor, vida y juventud. Los cuatro mundos serán hermanos en un perpetuo abrazo. A las tres teocracias sucesivas de Asia, de Africa y de Europa, sucederá la familia universal. El principio de autoridad cederá su puesto al principio de libertad, que, siendo más humano, no deja por eso de ser menos divino.

No lo sabemos; pero si debe ser así, si América debe ofrecer el cuarto acto de ese drama de los siglos, será ciertamente muy notable que en la misma época en que nacía el hombre que debía, preparando la anarquía política por la anarquía religiosa, introducir el germen mortal en la antigua sociedad real y pontificia de Europa, otro hombre haya descubierto un

mundo nuevo, asilo futuro de la fugitiva civilización; que, en una palabra, Cristóbal Colón hallase un mundo en el momento mismo en que Lutero fué á destruir otro.

Aliquis providet.